

# FENOMENOLOGIA DEL FANATISMO

José Luis PINILLOS

¿Qué razones hay para que, a estas alturas, tengamos que volver a ocuparnos del fanatismo? ¿No era el fanático una figura que el progreso había desterrado para siempre de la vida civilizada? Sí, eso creíamos hasta que un mal día Jomeini comenzó a hacer de las suyas por el Irán, como en los malos tiempos, dejando estupefacta a la permisiva, pluralista y escéptica sociedad occidental. Allí estaban de nuevo los fanáticos, con sus luengas barbas, arrebatados por divinos furores y fulminando tajantes condenas contra los herejes. Contemplado desde Occidente, el espectáculo resultaba inverosímil; pero allí estaba Jomeini.

Mal que nos pese, el fanatismo no ha desaparecido de la faz de la tierra; sigue acompañán-

donos hasta las puertas mismas del año 2000. Y uno se pregunta si episodios como el del Irán pueden repetirse en otros países, y si no son a la postre reproducibles de una u otra forma en las sociedades tecnológica y económicamente más avanzadas. Uno se pregunta, para decirlo todo, si España está definitivamente vacunada contra ese tremendo mal o si, por el contrario, los rescoldos de fanatismos pasados pueden reavivarse de nuevo al conjuro de los, no sé si con razón, llamados demonios familiares.

Quizá, pues, no sea desacertado desempolvar el tema y dedicar alguna atención al análisis de un fenómeno que, hace unos años, parecía definitivamente superado.

## A qué llamamos fanatismo

La etimología del vocablo es clara hasta llegar a Roma. Fanático quería decir perteneciente al templo, al *fanum*, y hubo un tiempo en que ser *fanaticum* significaba ser benefactor o protector del templo y estaba, en consecuencia, bien visto; de alguna manera, el fanático era un ciudadano distinguido, y el fanatismo un título. Pronto, sin embargo, el término debió de adquirir las connotaciones negativas que todavía posee hoy, y pasó a significar un exceso de celo y una intemperancia desmedida en la defensa de la religión; como referente típico se tomó la imagen del religioso endiosado, que se cree en posesión absoluta de la verdad, es intolerante y se ciega al defender sus ideas. Es cierto, en suma, que etimológica e históricamente la noción de fanatismo aparece estrechamente emparentada con lo religioso. Psicológicamente también hay razones, ya lo veremos, que explican esa afinidad y justifican por tanto de algún modo la preocupación de los

organizadores de este ciclo de conferencias sobre el fanatismo.

Hay que añadir, de otra parte, que el fanatismo no es fruto exclusivo, ni necesario de la religiosidad, al menos, de la auténtica. Más que en la naturaleza de la causa que se defiende, el fanatismo reside en el modo de hacer semejante defensa, en la violencia irracional con que se persigue toda disidencia y tratan de imponerse las ideas propias. Es cierto que lo religioso se presta a la incubación de comportamientos de ese tipo, pero no está excluido —buenas pruebas hay de ello— que se pueda ser tolerantemente religioso y fanáticamente ateo. Hasta es posible ser fanáticamente liberal, como el autor de aquella pintoresca copla que decía: «*El pensamiento libre proclamo en alta voz, y muera el que no piense igual que pienso yo.*»

De hecho, por razones que no me compete analizar, creo que el centro de gravedad del fa-

natismo se ha desplazado, en Occidente al menos, del ámbito de lo religioso hacia otras esferas de la vida humana, principalmente políticas. Toynbee, y asimismo Jaspers, han detectado este desplazamiento del fanatismo hacia el área de lo secular y, sin necesidad de recurrir a ejemplos lejanos, creo que en la España de hoy Larra habría encontrado muchos menos motivos de los que pudo haber hallado en su tiempo para asociar la religiosidad a la superstición y el fanatismo. Entiendo, como he dicho en alguna ocasión, que el fanatismo acampa hoy más bien fuera del templo —se ha hecho profano— aunque sin duda puede volver a sus originales andadas. La regresión no está excluida y, en todo caso, no está de más prevenirla.

## Demarcación del fanatismo

El fanatismo presenta caracteres comunes con ciertos fenómenos próximos a él, como el de la superstición, de los cuales, sin embargo, conviene distinguirlo.

La *superstición*, por ejemplo, es una desviación del sentimiento religioso, caracterizada por la creencia en falsedades, generalmente menores, anecdóticas, y por temores infundados, a la que falta por lo pronto el ímpetu combativo y sistemático, mesiánico también, del fanático, que generalmente lo que hace es excederse en la defensa de alguna causa importante. El fanático podrá ser supersticioso, pero es siempre algo más.

Se puede afirmar también que el fanático es un *exaltado*, y ciertamente se advierte en él una agitación del ánimo muy notable, pero sólo cuando se debaten cuestiones que considera centrales para la causa que defiende. El fanático, sí, es un exaltado, pero bastante selectivo; es probable que entre los fanáticos abunden los exaltados, pero no todo exaltado responde a la figura del fanático: los hay simplemente locos, temperamentalmente desequilibrados, y nada más. La exaltación del fanático es, como decimos, selectiva, asociada a una gran causa que, por lo demás, es capaz de articular conceptualmente dentro de un sistema cerrado.

El fanático es, sin duda, *dogmático*; pero, de nuevo, no todo dogmático es fanático. Hace falta para ello que su dogmatismo sea agresivo, además de rígido. El fanático es un dogmático

En resumen, a nivel de pensamiento ordinario, lo que se entiende por fanatismo es una desmesura irracional y violenta en la defensa de alguna causa, que lleva a quien la padece a no escuchar las razones ajenas, e incluso a perseguirlas o condenarlas con acritud cuando no coinciden con las suyas. La intemperancia, la violencia, el engreimiento y el dogmatismo constituyen, en una primera aproximación, rasgos distintivos del comportamiento fanático, inflexible en la defensa de alguna idea que se considera capital y absolutamente cierta, sin la menor sombra de error. Veamos ahora qué es lo que pueden añadir a este boceto las ciencias humanas.

activo que busca la eliminación del discrepante, cosa que evidentemente no hacen la mayoría de las personas que creen en los dogmas de la Iglesia católica, pongamos por caso.

Hay en el fanático un elemento de *misticismo*, de unión misteriosa con lo divino, o con alguna causa suprema; pero es obvio que ni Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz pretendieron imponer sus convicciones por la fuerza, ni fueron personas endiosadas, intemperantes o inquisitoriales.

Quizás en el fanático asoma algo de *profético*; pero nada más distante del ánimo del profeta que la persecución del incrédulo. Muy al contrario, los profetas han sido de ordinario mártires y víctimas de la persecución, no inquisidores a la búsqueda del hereje.

Cabría tratar de asimilar el tipo fanático al tipo *autoritario*; sólo que no toda personalidad autoritaria es sin más una personalidad fanática. El fanático es ineludiblemente autoritario en todo cuanto afecta a la defensa de su causa, pero una gran parte de las llamadas personalidades autoritarias presentan un fondo de pasividad y sumisión al poder constituido, que dista mucho de la combatividad propia del fanático.

En definitiva, el fanático limita con muchos tipos psicológicos afines, pero posee una figura propia que lo singulariza y distingue de todos ellos. Trataremos ahora de ajustar nuestra descripción a la que consideramos su fisonomía peculiar.

## La personalidad fanática

Por descontado, la personalidad fanática es el resultado de la acción concurrente de factores y condiciones muy diversos, que a la postre impri-

men al comportamiento de un individuo un estilo determinado de actuación, caracterizado en principio por las notas ya mencionadas.

Por lo pronto, si hemos de creer a autores como el viejo Kretschmer, el temperamento *esquizoide* constituye un buen punto de partida para poder llegar a ser un fanático. El esquizoide es rígido, propende a valorar más la forma que el contenido, lo abstracto que lo concreto; antepone lo que podríamos llamar la razón abstracta y desencarnada, mecánica si se quiere, a la espontaneidad de la vida y al flujo imprevisible de la existencia real. El esquizoide es inflexible, tolera mal las desviaciones de sus esquemas abstractos, acaso porque carece de los recursos necesarios para acomodarse a lo imprevisto y hacer frente a lo fortuito de la vida real. El esquizoide aprecia la realidad que se ajusta a su sistema de ideas, lo que encaja en la cuadrícula de sus esquemas, y por el contrario rechaza lo inesperado, lo que no está previsto en su modelo de realidad. Percibe el orden estricto como un aliado, y menosprecia lo vital, la espontaneidad, la sorpresa que acompaña casi siempre a los acontecimientos concretos. Acompasar el mundo al tic-tac de su cronómetro racional es imprescindible para encontrarse a gusto en él. Diríamos que el fanático es un racionalista pervertido que percibe la vida como una realidad hostil, a la que es preciso ahorrar, *velis nolis*, a toda costa, según su fórmula perfecta. Es, pues, un perfeccionista abstracto, cuya afectividad muestra un apego patológico al sistema que defiende, y una frialdad escalofriante respecto de las vidas concretas que se interponen en su camino. Sin ser propiamente un esquizofrénico, hay en el fanático un elemento disociativo, que le hace insensible al sufrimiento humano y proclive a la más fría de las crueldades cuando está en juego la causa. El fanático es capaz de desviar su afectividad hacia las ideas, o hacia el perro fiel que no le contradice nunca, y de condenar a la hoguera o cometer un genocidio con los incursos en el terrible pecado de desviacionismo, antes llamado herejía. Salvarle a uno quemándole vivo, o hacerle cristiano a cristazos, como gustaba de decir don Miguel de Unamuno, constituye una contradicción que es asumida sin dificultad por el fanático.

Algunos psiquiatras, de otra parte, aceptan la existencia de un tipo constitucional mitómano, propenso al delirio paranoide, que en cierto modo constituiría un excelente apoyo somático para el desarrollo del fanatismo. En efecto, una de las características de la *constitución mitománica* es la propensión al delirio, la propensión a incubar ideas de grandeza y de persecución. El delirio del fanático es, naturalmente, selectivo, referido siempre a una gran idea fija o causa que se ve obligado a propagar y defender a cualquier precio. Sentirse en posesión de una suprema verdad, decisiva para la salvación del mundo, es probablemente la nota más radical y propia del fanático. Asumir esa verdad innegable y poderoso,

irrefutable e inexpugnable, impele inevitablemente al fanático a comportarse como lo hace. Es el endiosamiento o entusiasmo —los dos términos proceden de la misma palabra griega *théos*— el celo ardiente que agita el ánimo del fanático, le lleva a sentirse responsable de una inmensa empresa, nubla su entendimiento y le obliga a considerar despectivamente a cuantos desoyen sus revelaciones. La verdad no es más que una y, puesto que él la posee, quienes discrepan de su doctrina sólo pueden ser ignorantes empecinados en el error, o adversarios malévolos que deliberadamente se oponen al bien y a su representante. La megalomanía, la gran idea delirante conduce forzosamente al establecimiento de malas relaciones interpersonales entre el poseo y los discrepantes. A los equivocados de buena fe es menester obligarles a entrar por el buen camino, porque ¿quién que ve cómo un hermano se aproxima a un precipicio no le llevará, aunque sea a rastras, al camino firme? Es el *compelle intrare* del primer San Agustín, fogoso y deslumbrado por la conversión. Contra los malvados, en cambio, es preciso dar un paso más, hasta destruirlos sin piedad. Es el maniqueísmo llevado a sus últimas consecuencias. Es el resultado final del círculo diabólico en que se encierra el mitómano que resbala por esa mortífera pendiente. De nuevo habría que advertir que, por sí solos, los factores constitucionales predisponen al fanatismo, pero no lo causan fatalmente. En todo caso, ayudan a que el concurso de otras condiciones resulte eficaz.

De alguna manera, el fanatismo se adquiere; hay, con seguridad, un *aprendizaje* del comportamiento fanático, que la psicología social podría explicar. Concretamente, los estudios psicosociales clásicos sobre el autoritarismo y el dogmatismo constituyen aproximaciones bastante útiles para el mejor conocimiento de algunos de los rasgos característicos del fanático, así como de su adquisición y sostenimiento. Entre semejantes rasgos se encuentran, por lo pronto, la rigidez y la intolerancia de las situaciones ambiguas, esto es, la falta de flexibilidad para situarse en puntos de vista diferentes del propio y la tendencia a dicotomizar todas las cuestiones, por complejas que sean, en alternativas simplistas y excluyentes. Para el fanático sólo hay su verdad, y todo lo demás es un error que no debe escucharse; piensa en fuertes claroscuros, sin términos medios y sin matices: «una de dos», o «ésto o aquéllo», son expresiones que reflejan su forma de razonar, siempre atendida al principio de quien no está con él está contra él. El fanático es un delirante de la virtud y el orden; de una virtud y un orden rígida y estrechamente concebidos, endurecidos por un rigor cadavérico, cerrados sobre sí mismos, desecados por la falta de contacto renovador con la vida, por la falta de diálogo. Probablemente hay factores tempe-

ramentales que predisponen a la rigidez y a la intolerancia; sólo que, a última hora, su agudización y su integración en un modo de ser fanático depende también de unos aprendizajes en que la familia, la escuela y el entorno sociocultural desempeñan un cometido decisivo. Pensemos, por ejemplo, en el impacto profundo que sobre la mentalidad de un niño puede tener una educación estereotipada, donde se fuerce al niño no sólo a lograr determinadas metas, y sólo ellas, sino asimismo a acceder a ellas a través de pautas y procedimientos prefijados, excluyentes de cualquier otra iniciativa individual. Qué duda cabe que la ausencia de la duda, la falta de lugar para el error que se advierte en el pensamiento del fanático, la carencia del hábito de distinguir entre los medios y los fines, a la vez que la falta de práctica en el libre examen de las ideas antes de aceptarlas como válidas pueden contribuir de forma capital a la génesis de la personalidad fanática. Nada de extraño tiene que la gente educada de tal modo termine dividiendo maniqueamente el mundo en héroes y villanos, acabe recluyéndose en el sectarismo y se obnuble hasta el punto de no conceder la mínima posibilidad de acierto a posiciones distintas de la suya. Aferrarse irrevocablemente a un único y exclusivo punto de vista, contemplar la realidad desde un solo agujero y transitar intelectualmente por un solo camino constituyen notas de la personalidad fanática que están asimismo presentes en el hombre autoritario.

También comparte el fanático rasgos de personalidad propios de otros tipos, por ejemplo, propios del tipo *dogmático*. La pobreza conceptual en todo lo relativo a lo que queda fuera de su sistema de creencias es notable, tanto en un caso como en otro. El fanático categoriza el mundo, sobre todo el adverso, en muy pocos y simples esquemas, a cuyas marcas de clase reduce la compleja individualidad del prójimo. El proceso de deshumanización del otro, que pasa a no ser sino un ejemplo más, desindividualizado y mostrenco, de una clase lógica empobrece al máximo la infinita riqueza de todo lo que trasciende su pequeño mundo. Su sistema de creencias y el de sus incredulidades están además separados por rígidas fronteras cognitivas y afectivas; funcionan a modo de compartimentos estancos, de tal modo que las reglas de juego que valen para uno, por ejemplo, la consideración personal con que se trata al partidario, no rigen para nada en el otro, donde los individuos, repito, pierden su condición biográfica y son depuestos, despojados de su respetabilidad como personas. Ocurre asimismo, y este es el hecho psicológico radical, que la fijación cognitiva y evaluativa del fanático respecto de sus principios es tan profunda que le inhabilita para dirigir la mirada fuera de ellos; de alguna manera, su refulgir le ofusca y le impide referirlos a un con-

texto más amplio. Confunde así su conocimiento, siempre relativo, de la verdad, con la verdad misma, con la verdad absoluta. A esto nos referíamos antes, al hablar de endiosamiento. El fanático no es consciente de que el concepto jamás agota la realidad; se le ha habituado quizá a fundir en uno solo ambos momentos del conocimiento. Instalado en semejante confusión radical, el dogmático es incapaz de reconocer que entre el cielo y la tierra, para decirlo con palabras de Shakespeare, median muchas más cosas de las que contiene su filosofía. El fanático es prisionero de una ofuscación radical que le fuerza compulsivamente a rechazar como ignorancia o maldad todo aquello que excede de su inamovible punto de vista; es hombre de una sola perspectiva, inhabilitado para la admisión, siquiera hipotética, de la posibilidad de otras diferentes y tan legítimas como la suya. Fallan en él los mecanismos de la reversibilidad intelectual, la agilidad mental para brincar de un punto de vista a otro, tiene de alguna forma obturada la curiosidad y, en el fondo, teme explorar lo desconocido. A la postre, la contracción de su inteligencia va acompañada de un encogimiento afectivo, de una falta de magnanimidad que le impide conceder al discrepante el beneficio de la duda. No hay lugar en su ánimo para la comprensión, ni para la caridad: hasta eso llegan los efectos de su endiosamiento. Se hace inhumano. Hay, en suma, toda una compleja trama afectiva en el fondo de la personalidad fanática, que la psicología dinámica ha explorado con métodos distintos de los utilizados por la psiquiatría constitucionalista, por la psicología diferencial y por la psicología.

Para el *psicoanálisis*, una primera explicación del fanatismo consistiría acaso en considerarlo el resultado de una fijación anal ideológicamente sublimada. Otro acercamiento más específico, consistiría en poner de manifiesto que, subyacente a su superficial complejo de superioridad, a su megalomanía y engreimiento, el fanático padece un profundo complejo de inferioridad, una inseguridad inconsciente que justamente pretende compensarse con un exceso de seguridad. El fanático es incapaz de abrirse intelectualmente a la realidad ajena a sus esquemas porque, en el fondo, teme conocerla, teme enfrentarse con ella y perder la asertividad tan penosamente conseguida. Condena y rechaza lo que no se atreve a conocer. De otra parte, la agresividad de que aparece revestido su dogmatismo sería la consecuencia de una profunda frustración inconsciente, esto es, la frustración procedente de rechazar lo que inconscientemente desea. Al enclaustrarse en un sistema cerrado, necesita justificar la mutilación que se autoimpone culpabilizando lo que deja fuera de su mundo. De una manera u otra, tiene que legitimar su renuncia degradando el mundo que rechaza; para no reconocer su pro-

pia pequeñez, ha de rebajar a los demás. Hay, yo también lo creo, un oscuro fondo de resentimiento en el fanático, que se descarga violentamente sobre quienes podrían hacer de espejos para poner ante él su verdadera imagen. Para no convertirse él mismo en un error, el fanático necesita afirmar y acentuar al máximo los errores ajenos, borrar a ser posible todo vestigio de verdad, toda presencia valiosa fuera de su propio recinto. Esta frustración de fondo daría asimismo razón de la fijación del fanático en un pensamiento estereotipado y rígido, tanto más inflexible cuanto mayor es la resistencia que encuentra en el exterior. En última instancia, la exasperación de no conseguir amoldar el manantial incesante de la vida a sus esquemas provocaría las reacciones de hostilidad y rigidez, la intemperancia implacable que ciertamente caracteriza al fanático. En última instancia, el fanatismo sería un gigantesco y delirante mecanismo de defensa, legitimado en apariencia por una gran causa, y en realidad por una ideología. Por ello, allí donde hay verdadera religiosidad no puede haber fanatismo; el fanatismo y la religión auténtica se excluyen mutuamente, pese a lo que muchas veces se afirma con ligereza. La verda-

dera religión y la verdadera filosofía no niegan el carácter absoluto de la verdad, pero afirman la limitación del entendimiento humano para poseerla en su total plenitud. El trasfondo mesiánico del fanático reposa sobre una confusión radical y también sobre el resentimiento. Ambos aspectos se potencian mutuamente y depositan finalmente al fanático en unas arenas movedizas de las que le es muy difícil librarse. Hay un pecado de soberbia —creerse en posesión de la verdad— y hay a la par resentimiento, porque para fingir la seguridad absoluta, impropia siempre del hombre, el fanático tiene que mutilar el mundo y vivir en una crispación permanente. El error radical de que arranca fuerza al fanático a intensificar sus mecanismos de defensa y le entrega a una espiral de crispaciones que agrava su situación. En otras palabras, el fanatismo se realimenta a sí mismo y tiene, por lo tanto, un mal pronóstico y difícil tratamiento.

Por lo demás, ya lo hemos dicho, el fanatismo no es un producto natural; en algunos casos, la naturaleza ayuda, predispone, pero hay otros factores y condiciones socioculturales que ayudan a la aparición del fanático.

## Fanatismo y sociedad

En épocas de crisis, cuando la inseguridad se cierne sobre un grupo humano, los fanáticos se multiplican e incluso parece como si la sociedad alentase su proliferación. Es el momento de los radicalismos, que sirven de caldo de cultivo para el desarrollo de personalidades fanáticas, prestas a olfatear como lebreles cualquier indicio de herejía o de condescendencia con el enemigo, y adecuadas para protagonizar la represión de toda debilidad o desvío respecto del interés común. Es la hora de la exaltación en que personajes como Calvino, Savonarola, Robespierre o Hitler encuentran su oportunidad. Pasado el momento, el ardor fanático de esos personajes no encuentra respuesta o, si acaso, provoca reacciones de repulsa o, eventualmente, de hilaridad, que contrastan con el impacto que ejercen sobre muchos en los tiempos difíciles. Entonces, los timoratos ven con alivio que alguien sea capaz de asumir las tareas inhumanas que exige la defensa de la causa o, en todo caso, callan y otorgan. Dicho con otras palabras, ciertas condiciones críticas de la sociedad que conducen a la polarización y los enfrentamientos favorecen el desarrollo del fanatismo, que cobra así a los ojos de algunos una cierta funcionalidad social. De alguna manera, explícita o tácita, se reconoce en el fanático una cierta capacidad operativa para hacer frente a situaciones límite, a la vez que

un indudable entusiasmo por una causa que se considera noble; no es que el fanatismo esté bien, se nos viene a decir, pero tampoco todo es en él error y maldad.

Puede que no; negarlo sería acaso incurrir en la misma ofuscación que criticamos. Excluir del fanatismo la presencia de todo elemento positivo equivaldría, creo, a resbalar por la pendiente maniquea que denunciábamos. El fanático puede incluso defender una causa justa, apoyar ideas verdaderas o que contengan algún núcleo de verdad; eso es obvio. Sólo que con su intemperancia degrada lo que defiende; en este sentido, el fanático viene a ser lo que el rey Midas, sólo que al revés, porque el oro que toca lo convierte en materia innoble. La conducta del fanático albergará, cómo no, elementos positivos; pero en su conjunto resulta delatora y pervierte lo que pretende salvar.

El fanatismo, en definitiva, es una tentación consustancial al hombre, en la que todos hemos podido o podemos caer. Pero, para un cristiano que aspire de verdad a serlo, jamás puede ser otra cosa que una tentación que debe procurar desechar. La convicción cristiana reposa sobre el amor e incluye el respeto a la libertad de los demás. Con estos ingredientes, amor y respeto, difícilmente cabe la adhesión al fanatismo, que es la negación de ambas cosas. Más bien, el espíritu

cristiano debe esforzarse en prevenirlo, con el ejemplo, a ser posible. Eso es al menos lo que Cristo hizo en su vida y en su muerte, sin renunciar jamás a la firmeza, ni convertirla en fanatismo.

Contra esta flaqueza humana no se debe luchar desde otro fanatismo. Es mejor repetir,

en la medida en que uno pueda y sepa, repetir con el ejemplo, aquellos hermosos versos de Machado:

*«Tu verdad no, la Verdad,  
y ven conmigo a buscarla,  
la tuya guárdatela.»*

## RELACION DE SEPARATAS DE LAS CONFERENCIAS CORRESPONDIENTES A LOS CURSOS DE TEOLOGIA PUBLICADAS EN NUESTRO BOLETIN. Años 1981 y 1982

---

- N.º 4, Mayo 1981      «Signos de esperanza en una época de desencanto».  
**Ricardo Alberdi.**
- N.º 6, Agosto 1981      «Esperanzas humanas y esperanza cristiana».  
**Miguel Benzo.**
- N.º 7, Octubre 1981      «La esperanza bíblica».  
**Angel González.**
- N.º 9, Febrero 1982      «Tiempo presente y fin de los tiempos».  
**Eliseo Tourón.**
- N.º 10, Abril 1982      «Testigos de esperanza en una época oscura».  
**Casiano Floristán.**
- N.º 11, Junio 1982      «La Iglesia contemporánea ante el fanatismo».  
**Jesús Alvarez Gómez.**
- N.º 13, Enero 1983      «Fanatismo y violencia».  
**Marciano Vidal.**
- N.º 14, Marzo 1983      «Fenomenología del fanatismo».  
**José Luis Pinillos.**

**ASOCIACION CATOLICA DE PROPAGANDISTAS  
FUNDACION UNIVERSITARIA  
SAN PABLO - CEU**

---

**SEMANA DE TEOLOGIA  
«LA CONCIENCIA CRISTIANA ANTE LA  
CRISIS ECONOMICA»  
MARZO 1983**

**Lunes, 14**

**LUIS GONZALEZ-CARVAJAL  
«Panorama de la crisis»**

**Martes, 15**

**FERNANDO URBINA DE LA QUINTANA  
«Crisis económica, crisis de civilización»**

**Miércoles, 16**

**MARCIANO VIDAL  
«La raíz ética de la crisis económica»**

**Jueves, 17**

**ALFONSO DE LA FUENTE ADANEZ  
«La pobreza, bendición y maldición en la Biblia»**

**Viernes, 18**

**JUAN MARTIN VELASCO  
«Religiones y pseudoreligiones en época de crisis»**

**Lugar: COLEGIO MAYOR SAN PABLO  
Isaac Peral, 58**

**Hora: Ocho de la tarde**

**Todas las conferencias serán seguidas de un coloquio.**